

por la pobreza, oracion y soledad. Caminad, pues, vosotros sobre sus pisadas: y aprovechandoos de la vida del Santo, del quien haveis oido el Panegyrico, tratad de ser Santos sobre la tierra, para que podais llegar à ser Dioses en el Cielo. Asi sea.

con todas sus promesas, y con todas sus esperanzas, que en consecuencia de ellas, se conseguirán sus cosas que se desean. Pero en consecuencia de ellas, se conseguirán sus cosas que se desean. Pero en consecuencia de ellas, se conseguirán sus cosas que se desean. Pero en consecuencia de ellas, se conseguirán sus cosas que se desean.



que en consecuencia de ellas, se conseguirán sus cosas que se desean. Pero en consecuencia de ellas, se conseguirán sus cosas que se desean. Pero en consecuencia de ellas, se conseguirán sus cosas que se desean. Pero en consecuencia de ellas, se conseguirán sus cosas que se desean.

por

(1) Arg. lib. 4.º Com. cap. 6.º



SERMON

DE SAN MAURO,  
 PREDICADO EN EL DIA DE SU  
 fiesta en el Convento de las del Valle  
 de Gracia delante de la Reyna.

*Factus est obediens usque ad mortem. Pauli ad Philip. cap. 2. v. 8.*

SEÑORA:

Vuestra Magestad, sin duda, se admirará de que para hacer el Panegyrico de San Mauro me valga yo de las mismas palabras, de que se sirvió el Apostol para hacer el de Jesu-Christo. Asimismo extrañará, que emplee unicamente la virtud de la obediencia para aplaudir à un Santo, que las poseyó todas en grado tan eminente. Mas cesará vuestra admiracion, quando considere, que siendo los Santos unas copias del Hijo de Dios, pueden recibir muy bien las alabanzas que se han dado à quien ellos tan dignamente imitaron; y por consiguiente, tampoco extrañareis, que no alabe en éste otra virtud que la obediencia, por haver sido una virtud que sobresalió en todas las

acciones de su vida; de modo, que no ha sido superior, ò no ha mandado en la Francia, sino por obedecer à San Benito que vivia en la Italia. Y así, Señora, ni yo menoscabo la gloria del Hijo de Dios por aplicar à uno de sus Santos las mismas palabras que se dixerón por él, respecto de que todos los bienes son comunes entre los miembros y la cabeza; ni ofendo el merito de San Mauro, encerrando todas sus virtudes en la de la obediencia; porque, segun el sentir de los Padres mas sabios de la Iglesia, la obediencia, del mismo modo que la caridad, contiene en sí todas las demás virtudes. Pero antes de hablar sobre el asunto, dirijamonos à esa divina Madre, que enseñó la obediencia à Jesu-Christo; pues no fue siervo del Eterno Padre, hasta que fue hijo de Maria, y digamosla con el Angel:

SEÑORA  
AVE MARIA.

Como las virtudes son hijas de una misma madre, son tan unidas entre sí que no se pueden separar. Ellas entran de compañía en el alma del justo, y se dan las manos para defenderse de sus comunes enemigos. La prudencia, por exemplo, sería debil si no estuviera asistida de la fortaleza, y ésta sería temeraria, si no fuera suavizada por la prudencia. La justicia sería demasiado severa, si no la dulcificase la templanza; y ésta sería demasiado laxa, si no la animára la justicia. Mas aunque todos los Santos posean todas las virtudes, no todas las poseen en un mismo grado. Hay unas que resplandecen en ellos mas que las otras, y

cau-

causan su diferencia y su gloria; verificandose en ellos lo que sucede en los cuerpos. Todos los cuerpos de los hombres se componen de quatro elementos. El fuego se hermana alli con el agua, y la tierra se mezcla con el ayre; pero vereis algunos en que parece que el agua ha extinguido al fuego; y otros en que el fuego parece haver consumido al agua: tan fuertemente como esto se han impreso en él sus diferentes qualidades. A este modo, pues, se encuentran Santos, en quienes se juzgaria que una virtud ofusca à las otras, reynando en él con tal dominio, que parece ser su soberanía. San Bruno amaba mucho, sin duda, la penitencia y humildad, pues se ocultó con tanto cuidado à los ojos del mundo, eligiendo un genero de vida tan austera, que infundió terror à los mas animosos; y sin embargo, era mayor su amor por la soledad; pues abandonó las poblaciones, y se enterró vivo en los desiertos. El grande Francisco de Asís poseía en el mas alto grado la oracion y la pobreza, pues despues de haver renunciado todos sus bienes, se le pasaban los dias y las noches conversando con el objeto de su amor; mas la penitencia era poseída de él soberanamente, pues llegó à ser tan perfecta imagen del Hijo de Dios crucificado, que llevó en su cuerpo las cinco llagas de este Señor hasta los ultimos años de su vida. Santo Domingo amaba mucho la castidad y la verdad, pues para defender ésta, y conservar aquella, combatió tantas veces con el error y contra su carne. Pero mas que todo amaba la salud de las almas, y la gloria de Jesu-Christo; pues por conseguir uno y otro instituyó su Orden, obligando à todos sus hi-

jos



jos à ser Predicadores. San Mauro, pues, poseía sin la menor duda, todas las virtudes; pues dió de ellas tantas pruebas mientras vivió, resplandeciendo en todas sus acciones la humildad, la pobreza, y la paciencia; pero la obediencia le era tan altamente querida, que fue su gloria, su carácter y su distincion de todos los demás Santos, del mismo modo que el amor distingue à los Serafines de todos los otros Angeles. Asi para hacer su Panegyrico basta aplaudir su obediencia, haciendo ver que no emprendió cosa considerable en esta vida, sino movido de esta virtud. Y por consiguiente, que *vivió*, que *mandó*, y que *aun murió* por la obediencia.

## PUNTO PRIMERO.

Aunque la obediencia no sobresalga tanto como las otras virtudes, no por eso dexa de tener tanto ò mayor merito que ellas; porque además de que ella es su madre y su nutriz, y las conserva el ser que las ha procurado; viene à ser la obediencia como una virtud general ò universal, que encierra en sí à todas las otras; y que por consiguiente, para poseerlas todas, basta adquirir la obediencia. Porque mirad: asi como cada pecado es una rebelion contra Dios, asi tambien cada virtud es una sumision à su divina voluntad. Y por eso dice S. Gregorio que la obediencia lleva consigo todas las virtudes quando entra en su alma, que allí las conserva mientras ella permanece; y que tiene asimismo el merito de la fé. De modo, que el que pierde la obediencia es convencido de ser infiel, aun-  
que

que no lo sea en la apariencia: *Obedientia sola virtus est, quæ virtutes cæteras menti inserit, inseratque custodit. Sola obedientia quæ fidei meritum possidet, sine qua infidelis quisque convincitur, etiam si fidelis esse videatur* (a).

A mas de lo dicho, tiene la obediencia sobre las otras virtudes la ventaja de ser un sacrificio universal, que sacrifica à Dios todo el hombre por entero. Cada virtud, à la verdad, es un sacrificio que halla en nosotros cierta víctima, con que suaviza la justicia de Dios. Por exemplo: la limosna y la pobreza voluntaria le ofrecen nuestros bienes, è insensiblemente nos desprenden de todo lo que nos adheria à la tierra. La virginidad le consagra nuestro cuerpo, negandole à éste los placeres de que esperaba gozar en el matrimonio. La penitencia y el ayuno le sacrifican el mismo cuerpo, haciendole sufrir unos dolores, que le ensayan para sufrir el de la muerte. La fé le hace un sacrificio de nuestro entendimiento, obligandole à creer lo que no vé ni comprende: *Captivantes intellectum in obsequium fidei*. El amor à nuestros enemigos le sacrifica à Dios nuestra memoria, trabajando particularmente en borrar el recuerdo de las injurias. La caridad le hace un sacrificio de nuestra voluntad; y desde que somos unidos con él por medio del amor, no tenemos otra voluntad que la suya. Pero además de que la obediencia tiene parte en esta sumision de la caridad, glorian- dose de ser un sacrificio de nuestra voluntad:

Tom. I.

Pp

Obe-

(a) Greg. Mag. lib. 35. Moral. c. 10.



*Obſtentia eſt ſpontaneum & rationale proprie voluntatis ſacrificium* (a); es aſimismo un ſacrificio general de todos nueſtros bienes, de todo nueſtro cuerpo, y de todas las facultades de nueſtra alma. Y qualquiera que deſee aplacar à Dios, dice San Gregorio, no tiene otra coſa que hacer, que domar el orgullo de ſu libre alvedrio, ſacrificandose à ſí miſmo con la eſpada de la obediencia: *Tanto Deum quiſquis citius placet, quãtò reſpreſa arbitrii ſui ſuperbia gladio præcepti ſe immolat* (b). Porque ſí eſ cierto, que la voluntad eſ una reyna que manda con deſpotiſmo en nueſtro cuerpo y en nueſtro eſpiritu, eſ neceſario concluir, que la virtud que la ſujeta, ſomete al hombre enteramente à Dios, y le obliga à hacer un ſacrificio univerſal, no ſolamente de todo lo que poſee, ſino de todo lo que eſ. Y por tanto, hermanas mías, no puedo yo repreſentaros mejor el ſacrificio de San Mauro, que haciendooſ presente ſu obediencia, ni explicar mejor todas ſus virtudes, que maniſteſtandooſ la que à todas las encierra.

San Mauro, à la verdad, empezó ſu ſacrificio, como Jeſu-Chriſto, por la obediencia; pues la Eſcritura nos enſeña, que el primer pensamiento del Hijo de Dios, fue un pensamiento de ſumisión; y que adorando à ſu Eterno Padre en el momento de ſu encarnacion, protexó que no venia al mundo mas que à obedecer ſu voluntad: *Ecce venio ut faciam voluntatem tuam*. Y eſta fue

(a) S. Bonavent. (b) Gregor. Moral. lib. 35. cap. 10.

la diſpoſicion con que San Mauro entró en la Religion. El renunció ſu voluntad, y la ſujetó à la de San Benito; y para explicarme con los terminos de San Gregorio, ſe havia entregado à ſu voluntad: *ſe tradiderat voluntati ejus*. San Benito, en virtud de eſto, le mandó renunciar ſus bienes y hacerse pobre. Le mandó paſar la vida en ſolidad, y domar ſu cuerpo; y él obedeció. Y ſin examinar ni la juſticia, ni la dificultad de todos eſtos preceptos, ſe obligó à darles cumplimiento. Dexó à cargo de ſu Padre el deſcernimiento y la prudencia, y ſolo reſervó en ſí la gloria de obedecerle. Sabía ya muy bien lo que San Bernardo nos ha enſeñado deſpues: conviene à ſaber, que el verdadero obediente debe hacerse necio, para llegar à ſer ſabio, y que la verdadera diſcrecion del que obedece, eſ la de no tener ninguna: *Stultus fiat ut ſit ſapiens: Et omnis ejus diſcretio, ut nulla ſit ei diſcretio* (a). No ignoraba Mauro, que la obediencia ſuplia por la diſcrecion; y que à un novicio no ſe le pide la luz de la prudencia, ſino el ſacrificio ò libre cautiverio de la ſumision: *Diſcretionis locum in vobis ſuppleat virtus obedientiæ* (b). Decia Mauro frequentemente à ſu Padre San Benito, lo que con frecuencia decia à Dios San Agustin: mandad lo que os agrade, pues ſoís mi Soberano; pero dadme aquello miſmo que ordenais, ya que teneis el lugar de Dios; pues eſtoy cierto, de que aſi como ſu Mageſtad maniſteſta ſu divina voluntad por vueſtra boca,

(a) Bern. de vita ſolitaria. (b) Idem. ibid.



dispensa tambien sus gracias por vuestra mano: *Da quod jubes, & jube quod vis* (a).

¿Cuán dichoso no era Mauro en esta disposición? A la verdad, él, por una dicha maravillosa, podía merecer, sin saber, en mi dictamen, pecar. Porque si es cierto, que el que sin cesar obedece à los impulsos del Espíritu Santo, es impeccable; si esto es lo que nos quiso decir San Juan por estas palabras: *Omnis qui natus est ex Deo non peccat*; es necesario inferir, que San Mauro, que no hacia cosa alguna sino gobernado por San Benito, no pecaba; porque sometido perfectamente à su buen Maestro, todas sus acciones eran santas y meritorias. Y si era inocente, no menos era dichoso; porque no teniendo otra voluntad que la de Dios (que siempre se cumple) veía que sus designios havian de ser infaliblemente felices. Los hombres, sin duda, no son miserables, sino porque no son capaces de arreglar por sí mismos todos los acontecimientos de su vida. Y así suceden en el mundo muchas cosas, que oponiendose à su voluntad, turban su reposo. Mas el verdadero obediente está esento de esta inquietud: porque como su voluntad está unida à la de Dios, que es quien arregla todas las cosas, nada le sorprende, ni le aflige. Todas las aventuras de su vida suceden à medida de sus deseos; y aun puede gloriarse de que todas las criaturas le obedecen, respecto de que obedecen à Dios. Y así, que Totila destruya la Italia; que lleve el terror à sus Provin-

vincias; que amenace à Monte-Casino con el furor de sus armas, y que haga temer à los discipulos de Benito el destierro ò la prision; San Mauro está lleno de tranquilidad en medio de estas tempestades. Y sabiendo muy bien, que nada de estas cosas han de suceder sin la permission de Dios, no se admirará, ni sorprenderá quando sucedan.

De este mismo principio le nacia à este gran Santo una particular soberanía. Porque, à la verdad, es un error, el imaginar que nuestro poder depende de nuestra libertad, y que nunca somos mas absolutos, que quando hacemos todo lo que queremos. La verdadera soberanía del hombre está fundada sobre su misma obediencia. Parece paradoxo; pero no lo es: porque al obediente, y subordinado à la voluntad de Dios todas las cosas se le sujetan, las pasiones, las criaturas. Y si dice la Escritura, que todas las cosas son posibles al que cree, con la misma razon podemos nosotros decir, que todas las cosas son posibles al que obedece. Esta es la causa de que nuestro perfecto obediente, no hallase, como efectivamente no hallaba; rebelion alguna en sus sentidos, ni revolucion en sus pasiones; y unos y otras obedecian à su espíritu, porque el espíritu obedecia à Dios; y podía afirmar, que no debía él esta autoridad, y este dominio sino à su obediencia. San Isidoro aseguró, que la rebelion de nuestra carne es un justo castigo de nuestra desobediencia; y que la parte inferior del hombre jamás se sublevó contra la superior, hasta que ésta perdió el respeto y obediencia que debía à su Criador. El mismo Santo añá-

(a) Aug. Conf. lib. 10. cap. 29.



añade, que no podemos recobrar aquella autoridad que perdimos sino por medio de la sumision. Que todas las criaturas nos obedecerán, si nosotros obedecemos al que las havia sujetado à nuestro imperio. Y que la carne no se sujetara al espiritu, ni la passion à la razon, si la razon y el espiritu no se sujetan à Dios: *Tunc autem rectè subjiçuntur omnia nobis, si nos subjiçimus ei, à quo nobis illa subiecta sunt. Non erit caro subiecta animæ, nec vitium rationi, si animus non est subiectus conditori* (a).

Todas estas maximas se verifican en la persona de San Mauro. Sus sentidos no distraian su espiritu en la oracion; sus pasiones no perturbaban el imperio de su entendimiento; y su cuerpo no hacia guerra à su espiritu, porque su obediencia le havia sometido perfectamente à Dios. Las mismas criaturas, que no respetan tanto al hombre fiel como al inocente, veneraban su obediencia, y violentaban sus naturales inclinaciones para obedecer su voluntad. Y asi, este obediente curaba à los enfermos, libertaba à los endemoniados, mandaba à los elementos, y todas estas cosas que se rebelan à nosotros, no obedecian sin dilacion à San Mauro, sino porque éste obedecia sin demora à San Benito. Con sola una palabra suya obraba Dios un milagro. Y no pudiendo la naturaleza resistirse à los preceptos de este hombre que no tenia voluntad propia, nos hace entender este pasage de los Proverbios, donde por una extraña me-

(a) Isidor. lib. 1. Sent. cap. 2.

tafora se dice, que el varon obediente es el que cuenta victorias: *Vir obediens loquitur victorias* (a).

Nada hay mejor en el mundo que la victoria, porque ella es el precio del valor, el fruto del combate, el merito del triunfo, el deseo de los conquistadores, y la obra principal de su prudencia y de su conducta. Pero tampoco hay cosa mas dificil que la victoria; pues para alcanzarla, es necesario combatir; y por consiguiente, que se exponga el hombre al peligro de perder su honor, su libertad y su vida. Sin embargo, la victoria, que tanto cuesta à los conquistadores, no cuesta mas que una palabra à los obedientes; y la Santa Escritura, que es el oraculo de la verdad, nos enseña, que el que obedece à Dios ò à los que le representan, canta la victoria: *Vir obediens Deo loquitur victoriam*. Bien sé que San Gregorio entien- de este pasage por la victoria de sí mismo, ò por el triunfo que hace de su voluntad el hombre que la sujeta à la de su Prelado: *Quia dum alienæ voci subdimur, nosmetipsos in corde superamus*. Mas sin violentar el texto, me parece se puede decir, que el hombre obediente manda en todas las criaturas, y que consigue otras tantas victorias como pronuncia de palabras, ó les intima de preceptos.

Qualquiera explicacion, en fin, que demos à este pasage, cae precisamente sobre la persona de San Mauro. Porque si lo entendemos de sus palabras, es muy cierto que fueron victoriosas; y to-

(a) Proverb. capi 21. v. 28.



das las criaturas han respetado sus ordenes, y las han obedecido: *Dixit, & facta sunt*. Si lo entendemos de las palabras de otro, esto es, de su Prelado, tambien es seguro, que en el hecho mismo de obedecerlas, obró un prodigio, que le hizo victorioso sobre el mas rebelde de todos los elementos. Nadie ignora, que por obedecer à San Benito, y libertar à Placido que havia caido en un lago, caminó Mauro sobre las aguas sin sumergirse, del mismo modo, que si aquel fluido elemento se huviese consolidado baxo de sus pies, ò que su cuerpo, quando menos, vistiendo ya dotes gloriosos, exerció el de agilidad, y cantó victoria sobre la naturaleza. Este milagro me trae à la memoria al que nos representa el Evangelio, quando San Pedro obedeciendo à su Maestro, se paseó sobre las aguas, pisando el orgullo de este elemento, que se burla del poder de los Soberanos. Mas asi como la obediencia y la fé de este Apostol le hicieron al principio triunfar del mar, asi tambien su siguiente incredulidad ò temor estuvo à pique de hacerle perder la victoria y la vida. Y si aquel Señor, que le havia hecho caminar sobre las aguas, no le alargára la mano para sacarle de ellas, huviera su victoria y su triunfo venido à parar en un triste naufragio. Pero San Mauro fue esento de esta desgracia; porque su obediencia y su fé jamás padecieron la menor flaqueza. Totalmente ocupado en executar el orden de su Maestro, no hizo reparo en el peligro; ò si lo previó (como es verosimil) creyó seguramente, que la obediencia haria en aquel caso dos milagros, y conseguiria dos victorias; el uno dando fir-

firmeza à las aguas, y el otro dando à su cuerpo el don de la agilidad.

Pero no seria justo, que refiriendo este prodigio, callasemos la contextacion que con este motivo se originó entre el maestro y el discipulo. Fue el caso, que como ambos eran extremadamente humildes, y reciprocamente se conocian los meritos, Mauro atribuía el milagro al mandamiento de Benito; y Benito con igual razon lo atribuía à la obediencia de Mauro. Y asi, para terminar la diferencia, digamos con San Gregorio, que uno y otro tuvieron su parte en la victoria; que el elemento que respetó las ordenes de Benito, respetó asimismo la obediencia de su discipulo. Pero si este hecho de andar sobre las aguas, nos ha dado una eficazísima prueba de lo que hasta aqui hemos referido de este perfecto obediente, no la dará menos grande ni menos difícil, lo que aconteció quando dexando à Italia, vino à Francia por obedecer los preceptos de su padre y maestro.

PUNTO SEGUNDO.

No me admiro de que los viajes se puedan intitular ò conceptuar de castigos, asi como se suelen conceptuar de diversiones; porque à la verdad, nos desprenden ò separan de nuestros amigos y parientes, y lo que es mas de nuestra amada patria. Y sin duda, las peregrinaciones son unas verdaderas penitencias en la Religion, asi como el destierro es un verdadero castigo en el Estado. Y este ultimo es tan penoso, que en algún



modo parece más riguroso que la misma muerte. Por cuyo motivo, los mayores delitos fueron castigados con este suplicio. Hasta la justicia divina, que comprehendia su enormidad, juzgando que la muerte sería demasiado dulce, intimó el destierro para castigar al fratricida Cain: *Eris vagus & profugus super terram* (a) Y repara Tertuliano que este delincente, no pudiendo sufrir-se à sí mismo, deseó la muerte sin cesar, por ver finalizado con ella su destierro; pero que Dios, no dando oídos à sus ruegos, le prolongó la vida para dilatarle su castigo: *Cupidum mortis vetuit mori ut lueret delictum*. (b) Sin embargo, este es el exercicio que dió à la obediencia de San Mauro, enviándole à Francia, y separándole de Italia, aquel padre y maestro que le amaba con tanta ternura.

Bien sé, que este Santo joven lo havia renunciado todo quando entró en la Religion de San Benito; y por consiguiente, que quando hizo el sacrificio de sus bienes, hizo juntamente el de sus proximos segun la carne. Se muy bien, que por su obediencia imitó à Abraham; pues así como este Patriarca sacrificó à su hijo Isaac, así Mauro hizo un sacrificio de sus padres, dexandolos por seguir la voz de Dios, que le llamaba al desierto. Pero en medio de esta pena, tenia el consuelo de que si no estaba en su compañía de continuo, à lo menos los podia ver algunas veces, no porque él fuese à visitarlos en su casa, sino porque ellos venian à visitarle en el destierro.

(a) Genes. c. 4. v. 12. (b) Tertul. lib. 2. ad vers. Marcion. c. 10.

nian à verle en su soledad. Pero quando dexando à Italia, pasó à Francia, perdió la esperanza de volverlos à ver, y se condenó à un destierro de por vida.

Confieso con Hugo de San Victor, que el christiano que conserva el amor à su patria, es un sugeto delicado; que el que mira à todo el mundo como à su propio país, es animoso; y el que mejor instruido en la escuela del Calvario, considera à toda la tierra como si fuera un destierro, es perfecto: *Delicatus est cui adhuc patria dulcis est, fortis cui omnis terra patria est, perfectus cui omne solum exilium est*. (a) La razon que dá es excelente: el primero es delicado, porque limita su amor à un lugar solamente; el segundo, es animoso, porque reparte su afecto à todo el mundo; y el tercero es perfecto, porque mirando à toda la tierra como à un destierro, solamente mira al Cielo como à su patria: *Primus amorem fixit, secundus sparsit, tertius extinxit*. (b) No dudo yo que San Mauro fue uno de estos ultimos, y que la perfeccion à que havia arribado, le havia desprendido no menos de Italia que de Francia; y por consiguiente, que miraria su mansion en esta tierra de muertos, del mismo modo que si fuese un destierro. Pero todavia es preciso confesar, que la pena de este destierro, quando estaba en Italia era suavizada en gran manera por la vista de San Benito, por la conversacion de sus hermanos espirituales, y por todas aquellas in-

(a) Hugo, à S. Vict. erudit. discalce. lib. 3. c. 20. (b) Idem. ibid.



centes delicias de que gozaba con la compañía de tantos Santos. Este fue, sin duda, el motivo de haver sido tan cruel para Mauro este suplicio; el dexar, digo, tantas personas que le eran tan amadas, y romper tan fuertes cadenas, y que tan estrechamente le ligaban con ellas.

Cosa muy dulce es el obedecer, quando lo que se nos manda lisonjea nuestra inclinacion, y no es útil y agradable. Mas quando se opone à nuestro genio, y no solo nos separa de la carne y de la sangre, sino del espíritu y de la razon; es necesaria una generosa obediencia para executar con gusto y tranquilidad lo que nos mandan, y un valor admirable para separarse sin queixa de lo que el precepto nos obliga dexar. Sin embargo, esta es la heroica accion que hizo San Mauro; este el sacrificio, por el qual sacrificó à Dios sus inclinaciones, sus alianzas, sus padres, sus hermanos, sus amigos, su reposo, y sus inocentes placeres. ¿Se ha visto jamás sacrificio mas completo, y en que el hombre sacrifique à Dios tantas victimas juntas? San Ambrosio ensalza el sacrificio de Abraham, porque quando sacrificó à su hijo, se sacrificó juntamente à sí mismo con él: que derramando la sangre del hijo, derramaba la suya propia; y que ofreciendo en Isaac sus entrañas, ofrecia por consiguiente una parte de su mismo cuerpo: *In filio quoque pater mactabatur.* (a) Mas juzgad, ¿quántas veces se sacrificaba San Mauro en la referida separacion, y qué violencia no hacia à sus inclinaciones, renunciando para toda su vida,

ra-

(a) Ambrosio, lib. de Abraham Patriarcha.

padre, maestro, hermanos, y patria?

El Cielo manifestó muy bien, quán agradable le era este sacrificio, por los milagros que le acompañaron; porque segun advierte su historia, como entró en Francia en calidad de hombre obediente, entró en ella como un Principe victorioso, à quien respetaron todas las criaturas, obedecieron los elementos, y temieron los dominios. Sanó enfermos, libró posesos, resucitó muertos, distinguió con milagros todas sus jornadas, y no entró en poblacion alguna, en donde no obrase maravillas. Quando la Escritura santa nos representa à Moyses saliendo de Egipto, dice, que obró cien prodigios en los lugares de su transito. Que dividió las aguas del mar, para dar paso franco à los Israelitas, y favorecer su retirada, volviendolas à unir para sumergir à los Gitanos: que hiriendo una roca, hizo salir de ella torrentes de agua dulce, que siguieron al pueblo de Dios por los desiertos para su alivio: que hizo descender el Maná para su alimento: que construyó en fin, y elevó la serpiente de metal, con cuya vista se disiparon las muchas que havia en aquel terreno, y que incomodaban à los Hebreos. Pareceme, que podemos decir lo mismo de San Mauro. Sí: Al pasar los Alpes, sacó de sus abismos à muchos de sus compañeros, que se havian precipitado en ellos: sanó enfermos en el Delfinado; libró endemoniados sobre las orillas del Loire; resucitó muertos en Anjou, è hizo ver en todas partes, que nada se resiste al hombre obediente, y que todas sus palabras son milagros ó victorias. *Vir obediens loquitur victorias.*

Mas



Mas no imagineis, que su obediencia estuvo esenta de pruebas de paciencia en su viage. No juzgueis, que entre tantas sumisiones como halló en los elementos y en la naturaleza, dexase de encontrar resistencia entre los hombres. La halló efectivamente: y así, la obediencia de San Mauro, no fue en esta jornada menos perseguida que gloriosa; no recibió menos desprecios, que alabanzas: de modo, que tuvo necesidad del socorro de todas las otras virtudes, para vencer los obstaculos que trastornaban sus designios. Sucedió, pues, que llegado à Francia nuestro Santo, supo que el Obispo de Mans, que era el que le havia hecho venir de Italia, havia muerto, y que el sucesor no tenia, por ventura, ni su piedad; ni su zelo, ni queria poner en planta sus intenciones. Halló, por consiguiente, resistencias y obstaculos en todo y por todo: y aquel, à quien havian obedecido los elementos, y aun los demonios, no halló entrada ni en Seculares, ni en Eclesiasticos. Toda la Francia estaba en brasas contra este estrangero. Los menos injustos le despreciaban, los mas insolentes le condenaban. Y entre tantas dificultades no tuvo otra instruccion, otro consuelo, ni otra defensa, que su obediencia. Vosotras, hermanas muy amadas, os persuadireis, que tantas tempestades excitadas contra un solo hombre, serian capaces de abatirle; y que desconfiando de la prudencia del maestro que le havia enviado, debería murmurar de su conducta. Pues no fue así: antes bien, todos estos obstaculos relevaron su esperanza, afianzaron su animo, y le hicieron esperar un feliz suceso en su empresa.

Quan-

Quando Moyses salió de Egipto, y se vió detenido por el mar, y perseguido de Faraón, tuvo motivo para acobardarse. Pero considerando, que el que le havia mandado hacer el viage, era el Dios del mar y de la tierra, jamás tuvo mayor valor, que en este lance; y en vez de desesperar de la vida de los Israelitas, se prometió triunfar de los Egypcios: *Quando autem fortior, quam tunc erat Moyses cum Egyptiorum vallatus populus & mari clausus non desperabat salutem, sed exigebat triumphum!* (a) Tal pareció, pues, San Mauro en medio de las persecuciones. Aunque desterrado de su País, separado de San Benito, abandonado de su Obispo, y combatido de los pueblos, no dexó de esperar que la obediencia le sacaria triunfante de todas estas dificultades. En efecto, todas estas tempestades calmaron; la santidad de Mauro se hizo manifestar, los Grandes del Reyno le ayudaron, y los mismos Reyes le favorecieron despues de muchas pruebas y paciencia. Edificó, pues, dos Casas: recibió Novicios, y fue Abad del segundo Monasterio de su Orden. Pero su obediencia no le abandonó en esta nueva dignidad; antes bien nos enseñó, que esta virtud no es menos necesaria en los que mandan, que en los que obedecen.

PUNTO TERCERO.

El mando y la obediencia no son tan opuestos entre sí, que no se hallen bien unidos. Es necesari-

rio

(a) Ambr. lib. 1. offic. c. 4.



rio saber obedecer, para saber bien mandar. Y son tan estrechamente unidas estas dos cosas, que juzgan los políticos, que una Ciudad cesa de mandar, al punto que cesa de obedecer: *Idem urbi dominandi finis qui parendi.* (a) Estos dos cargos, pues, que entre los hombres mas parecen contrarios que diferentes, son una sola cosa en Dios. Este Señor obedece sus mismos decretos, quando manda à sus criaturas; y defiere à su voluntad al mismo tiempo que impone leyes à sus inferiores. Solo una vez mandó, quando en la eternidad formó el designio de criar el mundo; y obedece su mismo mandato, siempre que lo practica en el tiempo. Mas sin ascender tan alto, ni proponeros un modelo, que antes debe ser admirado, que seguido; es cosa cierta, que los mismos Soberanos, en tanto mandan bien à sus vasallos, en quanto ellos obedecen à su Criador. Por este motivo, quando el mas sabio de los Reyes fue elevado sobre el trono de Israel, no tanto pidió à Dios sabiduria como obediencia. Y temiendo que no podría gobernar su Reyno, si Dios no le conducia, suplicó à su Magestad, le concediese antes la docilidad que la prudencia. Su súplica es digna de reflexion. Y por quanto puede servir de exemplo, y de doctrina à todos los Reyes, V. M. Señora, la oírà con placer, para referirsela al jóven Monarca que nos gobierna. Señor, dice Salomon, vos me haveis colocado sobre el trono de mi Padre; y me haveis dado un Pueblo tan numeroso, que iguala

oír

à

(a) Senec. lib. 1. de Clement. cap. 46. r. dil. v. m. A. (e)

à las arenas del mar. Yo soy jóven, y por consiguiente sin experiencia; vuestra misericordia, pues, me auxiliará à fin de que pueda regir este Estado. Concedereis en fin à este vuestro siervo un corazon docil, para que distinguiendo entre lo bueno y lo malo, pueda juzgar perfectamente à vuestro Pueblo: *Dabis ergo servo tuo con docile, ut populum tuum judicare possit, & discernere inter bonum & malum.* (a) hoy el á. oñitro ombu;

Nuestro Santo, sin duda, imitó en su conducta à Salomon. Mandó obedeciendo; consultó à su Maestro sobre el modo de gobernar; à sus subditos, è hizo por un extraño prodigio que reynase en Francia un hombre que vivia en Italia. Consistió esto en que Mauro, para aprovecharse de todas aquellas santas máximas que havia oído à San Benito, no fiandose de la memoria, donde primeramente las havia depositado, estampó sobre el papel la Regla de aquel Santo Patriarca, para consultarla en todas sus dificultades. David se gloria de que la ley de Dios era el libro à donde iba à buscar los secretos de la política; y que así en paz como en guerra no gobernaba à sus vasallos, sino por las máximas que havia aprendido en la Escritura: *Consilium meum justificationes tuæ.* (b) Los demás Reyes que no os conocen consulten en buen hora à los Filósofos, è à los Políticos, que enseñan el arte de gobernar los Reynos; mas yo que tengo la dicha de ser ilustrado con la antorcha de la fé solo consulto à vuestros oráculos; so-

Tom. I.

Rr

lo

(a) Lib. 3. Regum cap. 3. v. 9. (b) Psalm. 118. v. 24. (e)



lo me dexo regir por vuestros Profetas para gobernar mi Pueblo: *Constitam meum justificationes tue.* San Mauro, pues, hacia en su Monasterio lo que David en su Estado: leía las reglas de su padre y maestro para aprender à mandar; y juntando admirablemente la obediencia con la autoridad, fue siempre inferior al mismo tiempo que era Abad.

¡Quánto credito, à la verdad, no le adquirió esta sumisión en el concepto de sus hijos; y quánto poder no le dió sobre todas las criaturas! Sus hijos se huvieran llenado de confusión si no obedecieran à un superior, que actualmente obedecía à San Benito, ò que les enseñaba con la práctica la obediencia; y toda la naturaleza se contemplaba obligada à someterse al que tan perfectamente estaba sometido à su Criador. Dios mismo, cuyo poder está en su voluntad, quiero decir, que puede todo lo que quiere; y que es Soberano por esencia, quasi como los hombres y los Angeles son siervos por naturaleza, previno los deseos de nuestro Santo, escuchó sus votos y felicitó sus desígnios. Pero esto no lo debéis extrañar, porque su Magestad se obligó por su palabra, y prometió en sus Escrituras el cumplir la voluntad de los que le temen: *Voluntatem timentium se faciet.* (a) Y si segun San Gregorio, Dios oye nuestros ruegos quando obedecemos à nuestros superiores, era forzoso que oyese los de San Mauro; pues siempre havia obedecido à San Benito: *Si obedierimus prae-*

ol

71

A. m. pp.

(a) Psalm. 144. v. 19. (b) v. 2. q. 2. mag. II. c. 11. (c)

*positis nostris, Deus obediet orationibus nostris.* (a)

Solamente hubo una ocasion en que Dios no oyó los ruegos de nuestro Santo, pues llevando adelante su divina justicia, no cedió à las humildes súplicas de su siervo. Tres hombres poseídos del demonio intentaron obscurecer la reputacion de San Mauro por medio de sus calumnias: el Santo los sufrió con paciencia, los excusó con la mayor bondad, y ultimamente rogó al Cielo por ellos con el mayor fervor. Pero Dios que queria hacer un exemplar, los castigó severamente. El uno murió en su pecado, y no habiendo dado señal alguna de dolor, dexó à todo el mundo desconfiado de su salvacion. Los otros dos se hicieron pedazos à sí mismos; y sirviendo de ministros à la justicia divina, manifestaron por medio de tan extraño suplicio, que jamás se persigue sin castigo à los siervos de Dios. El Santo penetrado de piedad importunó al Cielo con sus suspiros; pidió y consiguió la gracia para sus enemigos. Resucitó el muerto, mudó de language y publicó la inocencia de su libertador. Los dos furiosos se pacificaron; y los que antes deshacian tan cruelmente sus carnes, por haver deshecho tan injustamente la reputacion del Santo, repararon las injurias con alabanzas, y declararon altamente que debian la vida à sus ruegos. Mas porque la humildad de nuestro Santo no podia sufrir unos testigos tan irrefragables de su gloria, les mandó se retirasen del País, mudasen de domicilio, y se fuesen à vivir en algun lugar apar-

Rr 2

ta-

(a) Greg. Mag. (b) Greg. Mag. (c) Greg. Mag. (d) Greg. Mag. (e)



tado, donde no se supiese ni su crimen, ni su castigo, ni su misericordia y poder. Seneca dixo, que un delincente á quien el Principe perdona era un espectáculo público de su clemencia; y que siempre que se le veía, hacia acordarse de aquel que le havia dado la vida: *Assiduum clementie Principis spectaculum; in triumpho cito transisset.* (a) Pero estos tres miserables, á quienes San Mauro havia sacado del infierno ó del sepulero, tenían señales mucho mas ciertas de su poder y de su bondad, y ensalzaban otro tanto mas su mérito y su honor, quanto es mas costoso sacar á un hombre de las garras del demonio que de las de un verdugo. Y así no pudo el Santo dexar en Anjou estos restigos de su virtud; por cuyo motivo empleó para con ellos todo su crédito, á fin de obligarlos á escoger otra habitacion, temiendo que su presencia conservase la memoria de sus milagros.

## PUNTO CUARTO.

Después que San Mauro mandó obedeciendo, creyó que para imitar á Jesu-Christo convenia morir tambien por la obediencia, á fin que del Discipulo se pudiese decir lo que del Maestro: *Factus obediens usque ad mortem.* Aunque la muerte es hija del pecado, no por eso dexa de ser uno de los mas fieles ministros de la justicia de Dios. Tiene su asiento á los pies de su trono, y desde allí recibe las ordenes de su boca para executarlas en

(a) Senec. lib. 1. de Clement. cap. 21.

en el mundo. A nadie perdona; y luego que el supremo decreto es pronunciado contra algun delincente, se ase de él sin que ningun Soberano se lo pueda impedir. Tiene cien medios diferentes de llevarse á los hombres, y toma mil formas diversas para acometerlos y castigarlos. Por eso publica Dios en la Escritura, que es tan Señor de la muerte como de la vida: *Domini Domini exitus mortis*: y que no menos le obedece esta rebelde, que sus mas fieles criaturas. Y siendo esto indubitable, es forzoso confesar que nuestra muerte y nuestro nacimiento están en las manos de Dios; que nacemos y morimos quando le agrada, dependiendo estos dos extremos de la vida de su voluntad y no de la nuestra. Entramos en el mundo sin saberlo; y quando Dios nos saca del abismo de la nada, donde yacíamos sepultados, no nos pide ni nuestro permiso, ni nuestro consentimiento, y salimos del mundo muy poco después de haver entrado en él. Quando se cumple el momento fatal de nuestra muerte, nadie es capaz de impedirlo: y así lo unico que debemos hacer en esta ocasion es aceptar humildemente una sentencia que no podemos evitar. Nuestra obediencia entonces convierte nuestra pena en sacrificio; y sometiéndonos con resignacion al decreto divino, adoramos la soberania de Dios, y satisfacemos á su justicia.

Mas esto que el comun de los christianos hace por necesidad, lo executan los Santos por inclinacion. Y sea porque aman mas á Dios, ó porque su Magestad los ama mas á ellos, parece que la muerte es mas voluntaria de una y otra parte: de la de los Santos, porque la reciben con mayor sumision,

con-



considerandola no como decreto de un Juez, sino como gracia de un padre. De la de Dios, porque para enviarla espera una disposicion particular, y dispone tiempo y lugar para su cumplimiento. Su Magestad los mira y asiste en este paso; y la muerte, conociendo que son del numero de los electos, no rompe las cadenas que unen sus cuerpos à sus almas, hasta haver recibido para ello un orden particular. Por eso quando la Escritura refiere la muerte de Moysés, nos dice, que no tanto fue causa de ella su ancianidad, como la voluntad de Dios: *Mortuus est*, dice, *Moyses iubente Deo*. No parece sino que el Texto Sagrado intenta poner en salvo la gloria de este gran Legislador, haciendonos entender que la muerte jamás huviera osado acometer al que tantas veces havia obedecido. Que siendo el Dios de Faraon, debia ser dispensado, al parecer, de un decreto que solamente se pronunció contra los hombres. Asimismo parece, que interesandose la Sagrada Escritura por la gloria de este libertador de los Israelitas, como que intenta persuadirnos que su muerte no fue efecto del pecado, ò que no sucedió segun una regla general; como acaece en los demás hombres. En fin, parece que en las referidas palabras nos dá à entender la Escritura, que Dios eligió el lugar de su muerte, señaló el momento, y dispuso el modo; que aun alli trataba con Moyses de los asuntos de Estado, mientras este siervo fiel concluía el curso de su vida.

La muerte del Hijo de Dios fue todavia con mas razon que la de Moyses efecto de la voluntad de su padre, porque le fue revelada desde el ins-

tante de su nacimiento. Desde aquel momento vió todos sus horrores; conoció su rigor y su infamia; y la aceptó con alegria por estar en ella vinculada la gloria de su Padre, y la salvacion del mundo. Quando se acercó el tiempo de este suceso, partió à Jerusalem para hallarse en el lugar donde havia de ser preso; y quiso tener la gloria de manifestar su amor en su obediencia: *Surgite, eamus*. La muerte de nuestro Santo tuvo cierta relacion con la del Hijo de Dios; porque le fue anunciada tambien por su maestro quando salió de Italia; de modo, que no parece sino que venia à Francia para obedecer este decreto. Y así esperaba con una santa impaciencia este momento. Y después de haver gobernado su Monasterio por muchos años, juzgó debia emplear los dos ultimos en prepararse para morir. Y en consecuencia de esto, se retiró à una soledad escondida, en donde tratandole unicamente con los Angeles, se estaba como viendo morir à todas horas; y sometendose al decreto que le havia anunciado su padre, manifestaba al mundo, que à imitacion del Hijo de Dios, era obediente hasta la muerte: *Factus obediens usque ad mortem*. ¡Cuán santa no fue esta muerte, respecto de haver sido recibida con tan admirable resignacion! ¡qué sacrificio para Dios tan agradable, siendo como fue tan voluntario!

Pero como Mauro creyó, que no havia muerte mas piadosa, que aquella que era un puro efecto de la obediencia y sumision; mandó à sus discipulos se preparasen para ella, intimando à ochenta de ellos (de los ciento y quarenta que tenía) que havian de morir con él. No les aturdió es-



te decreto. Dispusieronse al punto para la muerte, con el mismo gozo y tranquilidad como si les huvieran mandado practicar uno de los preceptos de su regla; dando con esta ocasion el mas autentico testimonio de su obediencia. Ninguno apeló de esta sentencia: ninguno se quejó de su severidad: ninguno alegó ni su juventud, ni su robustéz: y aunque en sus fuerzas no experimentaban algun dolor ò debilidad, recibieron los Sacramentos, se despidieron de sus hermanos, y como obedientes víctimas, esperaron el golpe de la muerte. Lo qual supuesto, ¿de quién con mas razon que de ellos, se pueden entender estas palabras del Psalmo, *pretiosa in conspectu Domini mors Sanctorum ejus?* ¿A quién mejor que à su Padre le quadra lo que dice la Escritura de Moyses, *Mortuus est jubente Domino?* Y finalmente, para concluir por donde comenzamos, debemos afirmar, que la obediencia fue tan fiel ò inseparable compañera de San Mauro, que siguiendole en todos los momentos de su vida, no se dividió de él ni aun en el trance mismo de su muerte, *factus obediens usque ad mortem.*

177 Aprended, hermanas muy queridas, de este exemplo domestico, que la obediencia es el alma de la Religion. Que es tan necesaria en los superiores como en los subditos. Que unos y otros deben practicarla segun su respectiva condicion; y que si los inferiores deben ser muy sumisos á sus Prelados, estos deben serlo tambien á Jesu Christo: pues este Señor que de tal suerte manda en los Estados, que unicamente en su nombre, y con sus veces los gobiernan y dirigen los Sober-

ranos; manda en las Ordenes Religiosas de modo, que los Superiores de ellas no son otra cosa que Vicarios suyos. Su Magestad, pues, es un perpetuo y universal Soberano, así como es un eterno Sacerdote; y por consiguiente, toda autoridad que no se subordine á la suya, es injusta y tiranica. Però sabed para vuestro consuelo, que todo quanto hay en el mundo obedece à los que obedecen à Dios. Que su Magestad hace réynar à todos los que le sirven. Que cumple la voluntad de los que le temen; y que por un prodigio, que llena de admiracion à los mismos Angeles, obedece el Señor (si así es licito decirlo) como dice la Escritura de Josué, à la voz del siervo fiel: *Obediente Deo voci hominis*; ò como dice San Agustin lleno de admiracion sobre las palabras del Psalmo, *voluntatem timentium se faciet*; hace su Magestad la voluntad de los que le temen: *Si ideo times Deum ut facias ipsius voluntatem, ecce & ipse quodammodo ministrat tibi faciens voluntatem tuam* (a).

178 Nadie hay en el mundo, Señora, que lo sepa mejor que V. M.: pues por haveros resignado en la voluntad de Dios; en el asunto que os era mas arduo, se han cumplido con tantas ventajas para vos y para nosotros vuestros justos deseos. No me es posible decirlo, Señora, sin renovar vuestro dolor y vuestra alegria, ni tampoco puedo callarlo, sin hacer agravio à la bondad de nuestro Dios, y à vuestra resignacion en su divina voluntad. Quando por un funesto accidente estuvi-

(a) Aug. in Psalm. 144.



mos à peligro de ser privados de la preciosa vida del Rey, V. M. retirada en esta misma casa, para derramar sus lagrimas al pie de los Altares del Dios vivo, le pedisteis por la salud de vuestro hijo y nuestro Soberano, suplicandole encarecidamente, que así como os le havia dado por su mera bondad, os lo conservase por su poder. Y conociendo y confesando que los Reyes son vasallos del Altísimo del mismo modo que los demás hombres, finalizasteis vuestra oracion con estas voces, que la piedad à pesar de los tiernos impulsos de la naturaleza, sacó de vuestra boca; vuestro es, Señor, disponed de él como os agrade, y cumplase vuestra divina voluntad. Estas palabras, Señora, dieron la vida al Rey; y Dios para testificar la fidelidad de sus promesas, cumplió vuestra voluntad, viendola tan resignada en la suya; enseñandonos por un exemplo tan memorable, que quando hacemos lo que Dios quiere, hace su Magestad lo que queremos nosotros. Imitemos, pues, hermanas mías, la piedad de la Reyna; imitemos la obediencia de San Mauro; imitemos la de Jesu-Christo: y en qualquiera situacion que nos hallemos, acordemonos que la obediencia es nuestra herencia; y que es preciso obedecer à Dios sobre la tierra, si queremos reynar con su Magestad en el Cielo. Así sea.

+++++

## SERMON DE SANTA INÉS.

*Liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ; à præsurâ flammæ quæ circumdedit me: Et in conspectu astantium factus es mihi adiutor.*  
Ecclesiast. cap. 51. v. 3.

Como Santa Inés fue una de las mas ilustres esposas de Jesu-Christo, se complació su Magestad en buscarla Panegyristas en todos los siglos; y tratandola del mismo modo que à él le havia tratado su Padre, dispuso que los mas clásicos historiadores describiesen, aun antes de su nacimiento, los mas ilustres acaecimientos de su vida, y las mas notables circunstancias de su triunfo. Y así, no solamente todos los Padres de la Iglesia elogiaron à esta insigne Martyr, empleando su divina eloquencia para ensalzar su prudencia en la juventud, su pureza en medio de su hermosura, y su intrepido valor en la debilidad del sexo; sino que hasta el mismo Ecclesiastico mezcló su Panegyrico con el de los varones mas ilustres del antiguo Testamento, y describió con la mayor prolixidad todas las particularidades de su martyrio. Y como si huviera presenciado lo que